

LIBROS

Dora Reym

NO PIERDAS LA ESPERANZA. MEMORIAS DE UNA MADRE DURANTE EL HOLOCAUSTO

Pablo Majluf

EL PUEBLO BUENO Y SABIO. REFLEXIONES SOBRE LOS LINCHAMIENTOS EN MÉXICO

Diana del Ángel

PERIFERIA

J. Á. González Sainz

POR ASÍ DECIRLO

David Huerta

RAZONES PARA NO FUNDAR UNA RELIGIÓN

MEMORIAS

No dejar piedra sin voltear

por Ivonne Saed



Dora Reym
NO PIERDAS LA ESPERANZA. MEMORIAS DE UNA MADRE DURANTE EL HOLOCAUSTO
Ciudad de México, Tusquets, 2024, 264 pp.

Memoria: el espacio en que una cosa ocurre por segunda vez.
Paul Auster, *La invención de la soledad*

Si hubiera que crear una jerarquía para calificar las experiencias vividas por víctimas del Holocausto, la cuestión necesariamente nos referiría a lo que plantea Primo Levi, esto es, encontrar el acto específico a partir del que una persona pierde su humanidad. ¿Trocar un diamante por un pedazo de pan? ¿Traicionar en un impulso desesperado a los propios hijos con tal de sobrevivir? ¿Delatar a vecinos o amigos con el fin de extender la vida por unos cuantos días? ¿Decidir a cuál hijo mandar a la

cámara de gas para salvar al otro? ¿O acaso se deja de ser humano al vivir en constante pánico, con claustrofobia, con un número tatuado que sustituye al nombre, entre la orina y las heces propias y ajenas, cohabitando un espacio físico en el que la vergüenza y la humillación a veces duelen más que el hambre? ¿Es posible determinarlo?

Es fácil caer en la tentación de afirmar que, después de Primo Levi y de tantos otros autores y cineastas que han abordado el momento histórico más perturbador de la historia moderna, ya no necesitamos más versiones de lo sucedido. Sin embargo, los acontecimientos recientes nos recuerdan que los testimonios nunca alcanzan. Los estereotipos del judío rico, despilfarrador, maleducado, deicida —y ahora también genocida— son narrativas frecuentes en las conversaciones de sobremesa, en redes sociales y en la letra impresa. En particular los hemos visto tomar fuerza durante el último año en que observamos con incredulidad la manera en que aquellos que dicen identificarse con los más nobles derechos humanos se hacen de la vista gorda cuando las víctimas son israelíes, o cuando el movimiento #MeToo

excluye a mujeres judías violadas y mutiladas frente a las cámaras de sus agresores. Es por demás notable que grupos de personas que dicen luchar por los derechos de las minorías —particularmente de las comunidades bisexual, transgénero o no binario— vuelquen su apoyo irrefrenable a grupos terroristas cuyos miembros, en el mejor de los casos, les escupirían en la cara por el desprecio que sienten hacia su estilo de vida y por lo que representan. Y no pensemos en el peor de los casos. También resulta inquietante ver que en plena década de los años veinte de este siglo grupos de estudiantes en Estados Unidos y otras partes del mundo vandalicen sus propias bibliotecas bajo el pretexto de su apoyo a Palestina. Cuesta trabajo entender qué tienen que ver los libros y cuál es la razón por la que quienes protestan sienten la necesidad de destruirlos.

En este contexto, cada testimonio publicado sobre las memorias de quienes fueron esclavizados por los nazis importa. Más aún dado que el vigoroso resurgimiento del antisemitismo ocurre cuando los pocos sobrevivientes que quedan eran niños y niñas durante la guerra y cuya memoria

podría estar mediada, quizás, por bloqueos psicológicos necesarios para sobrellevar el trauma. Como lo cuenta Mira Reym Binford en la introducción a las memorias de su madre, Dora Reym, “las historias [en esos primeros años de la posguerra] fluían una tras otra, llenas de dolor, de amargura, de asombro y a veces también de humor, y yo escuchaba en silencio porque a mí (que, a fin de cuentas, había sido ‘solo una niña’ durante la guerra) nadie me preguntaba por mis recuerdos”.

No pierdas la esperanza, de Dora Reym, configura los acontecimientos con un detalle en ocasiones quirúrgico, desde una perspectiva cotidiana, sin sentimentalismos ni metáforas. Como lo relata Reym Binford en su introducción, la autora conservaba infinidad de notas, comparaba versiones de lo vivido con otros sobrevivientes y verificaba los acontecimientos en libros de historia para asegurarse de que su recuento fuera veraz.

Desde su experiencia personal, Dora Reym nos muestra las técnicas de deshumanización de los nazis: hacer a los prisioneros tomar decisiones difíciles y apuradas cuyas consecuencias podían implicar la muerte propia o de otros; o la manía que parecían disfrutar al poner a cada individuo en aprietos de carácter moral debido a los cuales siempre se acababa por traicionar a alguien o a una misma.

En este libro hay un recuento de la vida diaria que no vemos en otros relatos del Holocausto. Si bien el tiempo que abarca la narración se refiere estrictamente al lapso a partir de la invasión nazi a Polonia hasta la liberación de los campos, dentro de ese tiempo extendido Reym nos permite conocer las visitas entre familiares y amigos, los cumpleaños, las fiestas judías; acontecimientos que parecen triviales, pero que implicaban gastos y riesgos enormes mediante los que la autora, para decirlo en sus palabras, no dejaba piedra sin voltear para que pudieran suceder y seguir siendo parte de lo cotidiano. Son observaciones del

día a día en paralelo a las atrocidades, el abuso y las amenazas constantes. En especial, es notable la mención de una reunión en familia para Janucá, la fiesta de las luces y del milagro de supervivencia. Reym hace énfasis en este festival y nos muestra así el empecinamiento de su familia por hacer que la luz venza a la oscuridad siniestra que parece arrasarlo todo.

El paso del tiempo en esta biografía se mide por los cumpleaños de Mira, o Mirusia, hija de la autora, quien nació un año antes del inicio de la guerra. Cada festejo se vuelve más difícil, menos feliz, hasta que la única piedra que queda por voltear es separar a Mira de sus padres para salvar su vida. Así, el tiempo de separación en que el cumpleaños de la hija no puede festejarse es un alto en el acontecer de esta familia. Auschwitz se convierte en un paréntesis oscuro y de tal magnitud que no permite ver lo que lo precede ni lo que le sigue. Es una pausa en que la vida se suspende y el tiempo no es más que una esperanza que acontece en otra dimensión de realidad alterna.

A pesar de que el libro está carente de todo sentimentalismo, o quizás precisamente por ello, es conmovedor leer la descripción que la madre hace del sueño de su hija, quien duerme ininterrumpidamente en medio del caos, quizás porque la infancia temprana acontece a corto plazo y, por lo tanto, es flexible y adaptable. La pequeña duerme mientras sus conciudadanos polacos—a quienes el régimen nazi ha desplazado para instalar el gueto—descargan su odio contra los judíos que acaban de ser encerrados y despojados de todas sus pertenencias, también por parte de los nazis. Gritos exigiendo “¡Judíos a Palestina!”* se dejan oír en polaco alrededor del gueto. Una vez más en la historia, la población elige atacar a las víctimas en lugar de protestar contra el victimario.

* Habría que ver la reacción actual de los manifestantes de la Universidad de Columbia ante estos gritos.

Durante su proceso de escritura, en una llamada telefónica, Dora Reym le dice a su hija: “Cuando empecé a escribir, lo estaba haciendo *por ti*, para ayudarte *a ti*. Pero, una vez que inicié, sentí que tenía dentro de mí un veneno que necesitaba vomitar.” Justo esa es la razón por la que cada narración sobre lo ocurrido en el Holocausto tiene una razón de existir: para vomitar el veneno, para conjurar la posibilidad de que se repita la historia y, más que nada, para luchar contra el revisionismo histórico y recordar al mundo lo peligrosos que son los estereotipos y las posturas fáciles e ignorantes a favor o en contra de causas que no se conocen a fondo. ~

IVONNE SAED es diseñadora gráfica, fotógrafa, escritora y traductora, autora de la novela *Triple crónica de un nombre* (Lectorum/FCEC, 2003) y del ensayo *Sobre Paul Auster. Autoría, distopía y textualidad* (Lectorum, 2012).

ENSAYO

Crimen sin castigo

por **Fernando García Ramírez**



Pablo Majluf
EL PUEBLO BUENO Y SABIO. REFLEXIONES SOBRE LOS LINCHAMIENTOS EN MÉXICO
Ciudad de México, Aguilar, 2024, 182 pp.

México es el paraíso de los criminales. Si un ciudadano abre un negocio sus posibilidades de éxito son del 30% o 40%. Si un malhechor comete un crimen (asalto, extorsión, asesinato) tiene el 99% de posibilidades de quedar impune.

En México una turba puede perseguir a un inocente, golpearlo con saña y luego prenderle fuego sin que se le sancione. La policía, si llega, no interviene. Hay leyes contra la tortura, el secuestro y el asesinato, pero el

linchamiento no está ni siquiera tipificado como un delito. La mayoría de los ciudadanos enfibrecidos que participan en un homicidio tumultuario quedan sin castigo. Peor aún: la sociedad que se entera de estos actos de barbarie —por las redes sociales o los medios de comunicación— no condena los hechos, tiende a justificarlos.

El primer registro de un linchamiento en México, según José Antonio Aguilar Rivera, es de 1897. Pero se trata de una práctica ancestral. El término es una adaptación del vocablo *lynching*, que comenzó a utilizarse en la guerra de independencia norteamericana. Antes, en 1619, Lope de Vega publicó en Madrid la obra teatral *Fuenteovejuna*, basada en hechos que ocurrieron en 1476. Pero el origen de los linchamientos es muy anterior. De acuerdo con José Luis Soberanes “no es un fenómeno social nuevo, ni en su dimensión individual ni en aquella de connotaciones colectivas. Es casi tan antiguo como el Estado mismo”.

En México, aunque no hay pruebas documentales de esto, es un fenómeno recurrente desde hace siglos. Según Pablo Majluf, desde 2016 se han multiplicado notablemente los linchamientos. Circulan en internet decenas de videos en los que se ve a personas golpeando salvajemente a un asaltante de un camión o microbús que logra ser atrapado. Los comentarios que acompañan los videos son elocuentes y se resumen en uno solo: se lo merecen. ¿Sujetarlo y presentarlo a las autoridades? Imposible. Las posibilidades de que, por haber sobornado a policías o jueces, salga libre son muy altas. Mejor que la gente haga justicia “por su propia mano”. Pero linchar es castigar, no hacer justicia. En muchos casos se lincha a inocentes a partir de rumores (“se roban a los niños para sacarles los órganos”), se lincha a los “socialistas” (como ocurrió en Canoa, Puebla, hecho llevado al cine por Felipe Cazals), se lincha a los protestantes en

comunidades católicas, como antes se linchaba a las mujeres que desafiaban las convenciones sociales acusándolas de brujas. Se lincha al que no encaja con el patrón social, al diferente, al extraño.

Los linchamientos, por supuesto, no son un fenómeno mexicano. En nuestros días se lincha en Perú, Bolivia, Guatemala, Pakistán y Colombia, y antes se linchaba en Francia y en los Estados Unidos. No es tampoco algo que ocurra en zonas rurales con bajos niveles educativos. La Ciudad de México encabeza la deshonrosa lista de los lugares donde más ocurren y en ella destaca la alcaldía Cuauhtémoc, “que tiene un alto nivel de infraestructura, vigilancia, alumbrado y desarrollo”.

Sostiene Majluf que de la oposición a los linchamientos surgieron puntales de la modernidad en Occidente, tales como “el derecho a la presunción de inocencia, a un juicio justo, al debido proceso; precisamente para defender al individuo de las mayorías despóticas, que evidentemente no pueden juzgar con imparcialidad ni métodos apropiados”. Sin embargo, hemos visto resurgir, en los países más desarrollados, nuevas formas de linchamiento, ahora a través de las redes sociales. Estos linchamientos, aunque virtuales, han mostrado ser capaces de destruir reputaciones, carreras y llevar a personas al suicidio. El ensayista Ian Buruma, en un ensayo reciente —“La ética protestante y el espíritu de lo *woke*”— publicado en estas páginas, señala que el movimiento MeToo, algunos feminismos, la cultura de la cancelación y el wokeísmo —esas nuevas formas de linchamiento— no solo tienen clarísimos vasos comunicantes con el protestantismo intransigente, sino que representan un regreso terrorífico al puritanismo radical.

¿Qué lleva a una comunidad a la violencia extrema? Es común señalar la pobreza como una de las causas de los linchamientos. Contradice esto

Majluf: “ni todas las comunidades pobres linchan, ni los linchamientos ocurren solo en comunidades pobres, ni todos los linchadores son pobres, ni todos los pobres linchan”. Hasta hoy —sostiene el autor— no existe “ninguna prueba de que la pobreza sea una causa de linchamientos”. De acuerdo con Majluf, en el centro del problema se encuentra “la enorme, monumental, monstruosa impunidad”. Se lincha porque no hay sanciones y porque la comunidad no solo tolera sino que ve con buenos ojos este tipo de justicia bárbara. Sin embargo, “para sorpresa de muchos, no hay una relación directa entre impunidad y linchamientos”. Otros hablan de que la culpa la tiene el modelo económico predominante en México en las últimas décadas, fábrica social de la desigualdad. Pero linchamientos hubo en nuestro país mucho antes de que se implantara, en 1982, ese modelo económico. No es, señala Majluf, “ni siquiera convincente como agravante, porque el supuesto auge reciente de linchamientos ocurrió hasta 2016, 34 años después de que haya llegado el neoliberalismo”.

Sin el menor escrúpulo, algunos investigadores trasnochados y el mismo expresidente López Obrador sostienen que la causa de los linchamientos debemos encontrarla en los “usos y costumbres” del pueblo, en la pervivencia de tradiciones prehispánicas. Esto se ha desmentido categóricamente: para los indígenas prehispánicos el castigo debía ser siempre proporcional al delito y este tenía que ser precedido de una advertencia. Más recientemente, al cobijo de la ideología *woke*, se ha dicho que la “masculinidad tóxica” juega un papel importante en los linchamientos.

Si no se puede señalar a la pobreza, ni a la debilidad o ausencia del Estado (otro de los puntos refutados por Majluf), ni al neoliberalismo, ni a los usos y costumbres, ni a la impunidad, ni al machismo imperante, ¿cómo explicar los linchamientos?

Otros países han erradicado esa práctica salvaje, pero Majluf no investigó cuáles y qué mecanismos sociales echaron a andar para terminar con ella. Con el añadido de que, en esos países más desarrollados que el nuestro, han resurgido los linchamientos, ahora a través de las redes sociales. Tal vez, a la luz de las recientes investigaciones en torno a este fenómeno virtual, Majluf pudiera haber arrojado una luz más clara sobre el origen y las motivaciones de los linchadores.

No hizo Pablo Majluf esta investigación porque su tema, a pesar de ocupar casi la totalidad de su libro, no eran los linchamientos. Su tema central lo desarrolla en el último apartado, titulado “Populismo”. Es un capítulo dedicado a la crítica e intento de definición del periodo presidencial de Andrés Manuel López Obrador.

En el cuerpo central de *El pueblo bueno y sabio* Majluf se demora en mostrarnos que los linchamientos siempre han ocurrido en México, que desgraciadamente se dan en casi todo el país (aunque de manera más acentuada en el centro-sur de la república), que lo mismo ocurren en regiones rurales que urbanas, semianalfabetas y educadas, que en él participan hombres, mujeres, ancianos y jóvenes. Lanza la hipótesis de que quizá lo llevemos en la sangre, dados nuestros antecedentes aztecas (y sus sacrificios humanos), hispánicos (y cita a *Fuenteovejuna*) y hasta arábigos (por aquello de las lapidaciones públicas). Es decir, lo que su libro demuestra es que el mexicano es todo lo contrario de un pueblo bueno y sabio, presentándonos su lado más oscuro, el del pueblo bárbaro y sanguinario.

La tesis de Majluf es que, aunque el linchamiento en México es un fenómeno social ancestral, en los últimos años, en que hemos sido gobernados por el populismo, este se ha incrementado notablemente, lo cual lo lleva a establecer una relación entre el populismo y los linchamientos. Desgraciadamente esta tesis

es muy endeble. En primer lugar, es difícil sostenerla con cifras. En varios lugares de su libro Majluf hace énfasis en la falta de mediciones y estadísticas. Hay muy pocas y las que hay se contradicen unas con otras. Además, señala Majluf, las pocas cifras que hay no están sustentadas en datos oficiales (dado que ni siquiera está tipificado en la ley el delito de linchamiento) sino en notas periodísticas. En los diarios las noticias de linchamientos suelen encontrarse en las páginas dedicadas a la nota roja, lo que banaliza la información, según advirtió en su momento Carlos Monsiváis. Majluf advierte que las notas periodísticas sobre linchamientos no suelen ser serias: son tendenciosas, revictimizan a los linchados y suelen ocultar a los culpables.

Si no hay datos confiables, si Majluf no investigó sobre las causas de los linchamientos en fuentes extranjeras (dados los prejuicios y sesgos ideológicos que el autor advierte en los académicos nacionales), si Majluf refuta prácticamente todas las causas que podrían habernos ayudado a entender esta práctica bárbara y premoderna, ¿qué intentó decirnos Pablo Majluf en este libro?

Para Majluf el desarrollo de la sociedad mexicana, desde su fundación en 1821, se explica como una pugna dinámica entre modernizadores y tradicionalistas. Los modernizadores “pretenden modificar costumbres y valores [tradicionales] e introducir nuevos”, mientras que los tradicionalistas “son más afines a los usos y costumbres, a las jerarquías comunitarias y estamentales”.

López Obrador, según Majluf, es quien más lejos ha llevado la idea del México tradicional, imponiendo a la sociedad su visión de que el Pueblo es el auténtico sujeto histórico de México y de que él representa (encarna) al Pueblo. Postula Majluf esa corriente nacional populista como una propuesta original cuando en realidad se trata de la vieja corriente

nacional revolucionaria con pequeñas variantes. Señala como una de sus características su “etnonacionalismo”, es decir, “su reivindicación del pasado prehispánico”. Sin embargo, esa misma reivindicación se encuentra en los liberales mexicanos del siglo XIX y de manera acusada, pese a su afrancesamiento, en Porfirio Díaz.

Para Majluf, López Obrador es un cuasifascista. Traduce la categoría maniquea de amigo/enemigo a Pueblo bueno/élite mala. Y ya instalado en esa definición, que me parece forzada, afirma la vinculación, para él evidente, entre el nacional populismo y los linchamientos.

El libro sobre los linchamientos derivó súbitamente en una crítica política del obradorismo. Llegado a este punto el autor señala: “no pretendía yo hacer un estudio académico riguroso sobre los linchamientos sino más bien un comentario político de divulgación, en el orden del periodismo de opinión”. Tomando en cuenta dicha aclaración, quizá hubiera sido más conveniente comenzar el libro en



el último capítulo, ahorrando al lector definiciones contradictorias sobre los linchamientos y cifras que se empalman y no cuadran.

El populismo de López Obrador, y en esto concuerdo con Pablo Majluf, apeló a “los peores fantasmas, resortes, demonios del grueso social para enardecer a las masas y utilizarlas como objeto de la propia ambición política”. A partir de un solo comentario de López Obrador de 2001, Majluf realiza una vinculación entre populismo y linchamientos. Como en el caso de quienes identifican como causas de los linchamientos a la pobreza, al neoliberalismo, a los usos y costumbres y hasta al machismo, el vínculo entre ambos fenómenos no pasa de ser una ingeniosa tesis de salón.

El libro de Majluf contiene páginas muy interesantes, profundamente pesimistas. Lo más preocupante a mi juicio no tiene que ver con el populismo sino que, como bien dice Majluf, la práctica del linchamiento “goza de una abrumadora legitimidad”. Aprender, sujetar, golpear, torturar y quemar a un presunto culpable solo podrá desaparecer con una mayor presencia policiaca (pero no con esta policía que tenemos, con otra, que solo existe en el mundo ideal) y con autoridades modernas (con las que no contamos).

La sociedad aprueba los linchamientos y las autoridades emanan de la sociedad, es decir, las autoridades, y en este sentido López Obrador las representa cabalmente, aprueban los linchamientos porque la mayoría los aprueba como una forma de hacerse justicia. ¿Cómo salir de este círculo vicioso? Una vía es: con la denuncia y crítica de la barbarie. Este es el valor más destacable de este libro. Debemos “mirar de frente ese abismo, esa perversión colectiva”, aunque hacerlo “implica verse al espejo”. ~

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario y consejero de *Letras Libres*. Mantiene una columna en *El Financiero*.

CUENTO

La literatura en el centro

por **Atenea Cruz**



Diana del Ángel
PERIFERIA
Oaxaca, Almadía, 2024,
128 pp.

La cuestión ha estado presente durante siglos: ¿es posible hacer arte sin un sesgo político? Derivada de esta pregunta surge otra igual de importante: ¿debería el artista asumir una postura política, en tanto miembro de una sociedad y parte de un momento histórico? La respuesta está llena de matices, más alejada de la resolución tajante que a muchos les gustaría. En el panorama actual de la narrativa mexicana escrita por mujeres pareciera un deber (¿moral, social, político?) versar sobre la violencia de género, los conflictos intrafamiliares, las complejas experiencias de la maternidad y el aborto.

“No es un buen momento editorial para ser hombre: ya nadie quiere publicarnos”, escuché quejarse a un escritor de cuyo nombre prefiero no acordarme. Tengo mis dudas. O, mejor dicho, tengo la certeza de que los libros escritos por hombres están muy lejos de ser una especie en peligro de extinción. La deuda histórica que tiene la literatura universal con los tópicos propios de la experiencia femenina en el mundo, abordados por las plumas de las propias mujeres, está todavía lejos de saldarse, eso es evidente. La publicación de más y más autoras sigue siendo necesaria, no solo por cuestiones de equidad de género, sino porque el punto de vista femenino y de la diversidad sexual –al ser estos dos grupos que ocupan la mitad de la población mundial– enriquece y diversifica un

panorama literario dominado durante siglos por una mirada eminentemente masculina e incluso, a veces, por una mirada masculina travestida de mujer, pero masculina a fin de cuentas. Aunque existan maravillosos libros sobre mujeres construidas por los hombres –*Madame Bovary* es, sin lugar a dudas, el ejemplo por antonomasia–, las mujeres también quieren narrarse a sí mismas, dar su versión de los hechos. Años de lucha e insistencia han permitido que se generen las condiciones para ello.

La industria editorial lo sabe y lo aprovecha, por supuesto. Es por ello que por aquí y por allá surgen libros escritos por mujeres que tocan asuntos femeninos que se consideraban inadecuados, incómodos, poco comerciales o de nulo interés para el público lector hasta hace relativamente poco tiempo, por ejemplo, los aspectos negativos de ser madre o el derecho a decidir sobre nuestros cuerpos. Estos y otros tantos temas pertenecientes a la esfera de lo femenino se han vuelto categorías en las que se pueden agrupar gran cantidad de libros recién salidos de la imprenta y que son productos susceptibles de colocarse con éxito en el mercado editorial por el simple hecho de ser abordados por una mujer. Habrá las que se aprovechen de ello y me parece bien: no hay verdaderos afectados, salvo quien lea un libro en verdad malo... que es algo que también podría pasar al leer un libro escrito por un hombre y, hasta donde sé, nadie se ha muerto por leer mala literatura.

Sin embargo, resulta refrescante encontrarse con libros que obedezcan a una búsqueda más personal que panfletaria, incluso al ocuparse de temas coyunturales. Este es el caso de *Periferia*, de Diana del Ángel (Ciudad de México, 1982), poeta que debutó en el género del cuento a principios de este año con un libro muy bien logrado.

Constituido por catorce cuentos, este volumen abre con dos

Despertar, ver y velar

por **Stefano Ballarin**



J. Á. González Sainz
POR ASÍ DECIRLO
 Barcelona, Anagrama, 2024,
 160 pp.

En el umbral. Todo lo mira y nota y pone en su punto J. Á. González Sainz en *Por así decirlo*, colección de cuatro cuentos de extensión muy diferente que son, a todos los efectos, unos ensayos de atención donde literatura y pensamiento van de la mano, una de las cifras que desde siempre caracteriza el quehacer del autor soriano, para el que la escritura es una forma de conocimiento. En “La línea de la nuca”, uno de los relatos de la precedente *El viento en las hojas* (2014), el narrador se preguntaba, con el juego de enveses habitual para las voces ficticias de este escritor, si es el atractivo lo que llama de veras la atención, o es la atención, en cambio, lo que realmente hace a algo atractivo. La segunda explicación es, por supuesto, la más tentadora: la vieja cuestión de la belleza en los ojos de quien mira. Pero los ojos hay que entrenarlos también, hay que afinar mirada y atención para que vean no solo lo bello, sino lo justo y lo verdadero. Sin embargo, hace tiempo que esos ojos parecen haber dejado de entrenarse *para ver*, conformándose con *crear ver* o, simplemente, con *crear*, persiguiendo, por ejemplo, la ofensa o la indignación, y alimentando de esta forma el resentimiento y el victimismo imperantes. Me refiero a ese tufillo insoportable que se respira desde algunos años en el mundillo cultural, por el que circulan, adueñándose poco a poco de la escena, unas miradas torvas empeñadas en avivar con sus aspavientos la

narraciones que anuncian que la obra transitará del realismo a lo fantástico sin ambages ni escalas. Si bien “El nombre oculto de lo cotidiano” es un cuento de argumento sencillo, destaca la verosimilitud de la voz de la adolescente que lo protagoniza. Este lenguaje claro, económico y preciso es una de las mejores cualidades de *Periferia*, cualidad que es probable que sea herencia del cuidado que Diana del Ángel está acostumbrada a poner en las palabras en su faceta como poeta. “Relatividad de los caminos” es un cuento inserto en la tradición del relato fantástico latinoamericano, con reminiscencias de Amparo Dávila y algún eco de Juan José Arreola.

A lo largo del libro la autora toma situaciones de la vida cotidiana –apuntarse en una clase de baile, usar el transporte público, practicar yoga o una fallida relación amorosa– y, de manera gradual, casi imperceptible, hace que se tornen absurdas, insólitas, aunque coherentes de acuerdo con la lógica interna de cada relato. Para conseguir este efecto, Del Ángel juega con distintos formatos del cuento, como el infomercial, el monólogo y hasta el artículo académico en “Consideración sobre la espiritualidad de los antiguos mexas”, uno de los mejores textos del libro pues se trata de una divertida e ingeniosa ucronía que satiriza el mundillo académico e institucional del país que fue México, pero se ha convertido en otra cosa, aunque también se ha configurado a partir del machismo y la obcecación.

En *Periferia* aparecen personajes que ya son arquetipos de la literatura mexicana: el sicario, la curandera, la persona de clase alta sin escrúpulos, la hija de familia precarizada y violenta. No hay figuras nuevas, pero el tratamiento de sus historias es eficaz, inteligente y, cabe resaltar, con un agudo sentido del humor. Un buen ejemplo de ese enfoque es “Desechables”, un cuento protagonizado por dos hombres jóvenes dedicados al sicariato,

cuyo arco narrativo principal parece ser un triángulo amoroso en el mundo del narcotráfico, pero que resulta ser sobre la profecía del regreso triunfal de Quetzalcóatl. La preocupación por las violencias sistémicas persiste en cuentos como “Empleo cuerpo repuesto anuncio”, en el que nos encontramos ante los servicios de una suerte de bancos de órganos (o cuerpos de repuesto) que se sirven de personas precarizadas. A pesar de tratarse de temas que se prestan para el melodrama, la voz narrativa opta a menudo por un humor que no los despoja de su gravedad, pero sí los distancia del efectismo y los lugares comunes.

El libro va creciendo en intensidad conforme se avanza en su lectura, de modo que los personajes que parecieran existir al margen de la sociedad y de la realidad cotidiana se transforman en objeto primordial de nuestro interés. Los problemas que nos atañen a todos y que, por lo mismo, somos capaces de ignorar, se vuelven materia de investigación personal para la autora. Es la mirada única de Diana del Ángel la que los particulariza y los dota de un nuevo sentido. La reflexión –o el deleite– que cada lector saque de estos cuentos no viene predeterminada, sino que será trabajo de cada uno.

Quien busque una crítica social la encontrará. Quien pretenda disfrutar de historias bien estructuradas, cautivadoras, también se sentirá satisfecho al terminar de leer este volumen, que se sostiene desde la narrativa, no desde el discurso social. ¿Corresponde a las mujeres hacer la revolución, reeducar a las masas por medio de la escritura? No lo sé. De lo que sí estoy segura es de que en *Periferia* Diana del Ángel pone la literatura al centro de la narración, que es donde probablemente debería estar. ~

ATENEA CRUZ (Durango, 1984) es narradora. Su libro más reciente es *Las yeguas nocturnas* (Eolas, 2024).

Discordia, la acción disgregadora –según Empédocles, primero, y nuestro autor con él– del mundo. Desde luego, atención, esmero y cuidado son los que J. Á. González Sainz pone en el manejo superbo del idioma y una lectura atenta y demorada es lo que demanda su literatura. Y puestos a leer, no quiero pasar por alto que este año, a los veinte de la primera aparición, Anagrama, su editorial de siempre, ha publicado en edición revisada y corregida *Volver al mundo*, una verdadera obra maestra de la novela contemporánea que merece la descubran muchos nuevos lectores.

El autor soriano ha sugerido que los relatos incluidos en *Por así decirlo* son “cuatro *caprichos* o *disparates* muy alegóricos sobre el poder” que aluden a Cervantes, Pirandello, Kafka o Goya. Las dos piezas más extensas que forman la primera parte, “El acontecimiento” y “Echar los dados”, son también las más políticas, alegóricamente, y las que más iluminan miserias, servidumbres y connivencias del poder. Me parecen también las más cervantinas y kafkianas. En cambio, más pirandellianos y en cierta medida unamunianos, me parecen los dos cuentos más breves de la segunda parte, “Como obedeciendo a un recóndito compás (el color del cristal con que se mira)” y “Aunque haya siempre quien se imagine otra cosa”, por la dialéctica entre vida y forma o entre creador y creaturas o personajes.

Una posible lectura política de los cuentos –o apólogos o incluso parábolas, como los ha definido Félix de Azúa en una de las primeras reseñas– se asoma ya en el umbral del texto. La imagen de la portada muestra el detalle de uno de los capiteles de los baldaquinos de la iglesia del Monasterio de San Juan del Duero, a orillas del río homónimo, en Soria, una de las numerosas joyas románicas y tardorrománicas de la comarca. A espaldas de un rey que sujeta en su mano derecha una espada mientras con la izquierda se acaricia la barba, los

ojos entornados o cerrados y la boca apretada, en actitud meditabunda, se insinúa circunspecto un demonio cornudo y alado, los ojos como platos, la boca una ominosa mueca que deja ver los dientes, en ademán de susurrar al oído del monarca. La iconología nos indica que es el instante en que el maligno aconseja a Herodes llevar a cabo la matanza de los inocentes. Una imagen símbolo de la vieja historia del mundo, declinada en un sinfín de combinaciones a partir de los elementos conceptuales o *dramatis personae* que implica: poderosos crueles o necios o proclives a la ceguera, malos mestureros de ojos bien abiertos e inocentes que van a sufrir las consecuencias. A decir verdad, que a menudo los inocentes no lo sean tanto y que, al contrario, sean al menos tan cómplices como los que están en el poder, cuando no tan necios como ellos, es una de las advertencias que el lector va a recibir pronto por la persistente dialéctica que el autor establece. Pero ¿cuándo empieza uno a perder la inocencia y a ser también culpable o cómplice? Y en general, ¿se puede aislar el momento en que algo se convierte en su contrario? Volveré más adelante sobre dialéctica y preguntas en suspenso.

J. Á. González Sainz ha llamado a estos cuentos unos *caprichos* o *disparates*. Un *capricho*, diccionario de la RAE *ad vocem*, es “una obra de arte en que el ingenio o la fantasía rompen la observancia de las reglas” y, musicalmente, es “una pieza compuesta de forma libre y fantasiosa”. Sinónimos son palabras como fantasía, ocurrencia, inspiración, extravagancia... De hecho, los cuentos descolocan –sorprenden, desconciertan, despistan– a propósito al lector: “Se está bien descolocados, intelectualmente descolocados”, recuerdo que J. Á. González Sainz me dijo un día o quizás lo escribió en algún lugar de cuyo título no quiero acordarme. Un *disparate*, en cambio, es un “hecho o dicho contrario a la razón” y *disparatar* es “decir

o hacer algo fuera de razón y regla”. Son sinónimos de disparate términos como despropósito, desatino, desvarío, absurdo, sinsentido, enormidad, locura... Con estos sustantivos uno podría redactar el diagnóstico de esta época de general sinrazón, de desistimiento o abandono de la razón. En realidad, *capricho* y *disparate* tienen que ver antes que nada con la forma y el fondo sorprendentes de *Por así decirlo*.

Adentro. J. Á. González Sainz es uno de los pocos escritores que desde un principio se han preocupado por la forja de un estilo y, en él, coincide con el gran estilo de la tradición literaria alta. Juan Benet, uno de los referentes ineludibles de su prosa junto a William Faulkner, escribió en *La inspiración y el estilo* (1965) que este “es una manera *cualitativa* de conocer”, definición apropiada para la prosa de nuestro autor. En estrecha relación con el cuidado estilístico, está lo que a mí me parece el primer y crucial tema de toda la obra de J. Á. González Sainz, algo como un *ur-tema*, superior o anterior a los demás: la palabra, el lenguaje. O bien, dicho de otra manera, el *logos*: que declinemos este término como palabra o discurso o pensamiento o razón, no nos aleja del meollo de la cuestión. “En el principio era el Verbo” nos recuerda la Biblia (Juan 1:1), y en el primer cuento de *Por así decirlo*, “El acontecimiento”, se dice: “Había aprendido que, siempre que se dirime o está en juego algo decisivo, lo primero que seriamente entra en juego es la palabra. Lo primero que se daña, lo primero que se agusana, lo primero que se engolosina y ahueca, lo primero que se echa a perder.” Toda catástrofe, ha escrito el autor, en línea con los apuntes sobre la lengua del Tercer Reich del filólogo Victor Klemperer, empieza siempre por una catástrofe lingüística. J. Á. González Sainz ha repetido más de una vez que hay que defenderse del “uso torticero” del lenguaje y que esta defensa tiene que librarse

dentro y a partir del lenguaje mismo, el perímetro variable del mundo y el pensamiento. Si la lógica del *logos* se rige por el principio de no contradicción, en cambio, la que sustenta el *pensamiento narrativo* de J. Á. González Sainz es la del *principio de ambivalencia simbólica*. Todo acontece bajo el signo del dos, ha escrito el autor en un breve pero iluminante prefacio a *Due.città* (Helvetia, 2021), la traducción italiana de unos relatos inéditos en español. Todo tiene “un ritmo dual” se afirma en el tercer cuento de *Por así decirlo*. Todo subyace a una silenciosa guerra de contrarios, como en el *pólemos* heraclítico: no por nada “*pólemos* y *logos* son lo mismo”, escribía Martin Heidegger en su *Introducción a la metafísica*. O bien, como acontece en la dialéctica entre Amor y Odio o Discordia en Empédocles, ya mencionado arriba: hay unas cuantas referencias explícitas en los cuentos a la discordia “zaragatera y triste” que a menudo se enseorea del mundo, de las relaciones entre las personas. Pero la dialéctica que construye González Sainz, a diferencia de la hegeliana, no contempla ninguna síntesis de tesis y antítesis: en ella, los contrarios se mantienen en tensión, pero esta tensión es creativa y propulsiva, es también positiva, o tal vez sencillamente inevitable.

Por lo tanto, si la tarea del escritor es precisamente mostrar lo ambivalente de todo y no absolutizar, tocamos ahora el segundo tema de fondo: en esta constante lucha de contrarios

que sacude el mundo y a los mortales, ¿cuándo algo comienza a convertirse en su anverso para luego malgastarse, estropearse y, finalmente, hundirse del todo? Además, ¿es posible aislar el acontecimiento, el momento preciso, es decir, el *punto de inflexión* después del cual ya hemos cambiado de signo? Y, en fin, ¿qué es lo que nos impide ver o por qué no vemos que una cosa ya no es lo que era sino más bien su reverso? Estos interrogantes recorren desde siempre los textos de J. Á. González Sainz para pasar en *Por así decirlo* a primer plano, llegando a configurar una alegoría de los desgastes de la actual democracia liberal que toca el género distópico.

El tercer tema, que asoma ya en el epígrafe de Faulkner –“Al cabo de los años pienso en nosotros como bichitos en la superficie del agua, aislados y sin objeto e incansables”–, ofrece el marco dentro del cual se mueven narradores y personajes de J. Á. González Sainz y que no es sino el del nihilismo contemporáneo, “la historia de los dos siglos por venir”, como la anunció en su tiempo Nietzsche quedándose bien corto. El filósofo italiano Franco Volpi escribe que el nihilismo, como todos los verdaderos problemas filosóficos, no tiene solución, tiene historia, y en ella estamos embarcados todos mal que nos pese. Tiene *historias*, además, en el sentido de narraciones, que al menos nos ayudan a detectar sus manifestaciones y a sobrellevar o sobrevivir al naufragio al

que Occidente, cumpliendo su destino de tierra del ocaso, parece abocado por abdicación vital, moral e intelectual. Las dos primeras novelas de J. Á. González Sainz, *Un mundo exasperado* (1995) y *Volver al mundo* (2004), forman parte precisamente de una trilogía sobre el nihilismo, todavía no concluida, que debería perfeccionarse con una orientación sobre la salida del *impasse*. Aunque falte la tercera entrega, libros como *La vida pequeña*, si bien no desde el punto de vista estrictamente novelesco o narrativo sino más bien del ensayo, ofrecen ya una brújula posible. La tendencia más poderosa que va frustrando cualquier ética, tanto de la intención como de la responsabilidad, es la imposición del aparato técnico-científico sobre el ser humano, que se configura a todas luces como una sumisión y una servidumbre contra las que hay cada vez menos defensas y ante las que cualquier totalitarismo anterior palidece. Es un mundo, antes que nada, “apantallado”, dice el autor, y donde toda actividad humana tiende a reducirse a teclear mirando un monitor: un hombre periférico, terminal él mismo, pero más en el sentido médico que informático. La sustitución de la realidad por las imágenes de las pantallas, en particular a través de esa prótesis móvil que lleva siempre consigo, ha devuelto al ser humano a la caverna platónica, pero con una diferencia sustancial respecto a los esclavos que la habitan en el mito: las cadenas

LETRAS LIBRES

BUSCA TODOS LOS
NÚMEROS PASADOS
EN NUESTRO ARCHIVO DIGITAL.

WWW.LETRASLIBRES.COM



ahora son inalámbricas y no hay que liberar a nadie ya que nadie se siente prisionero y la realidad a nadie ya le importa un pimiento. El sueño realizado de todo Poder.

El cuarto y último tema de *Por así decirlo* al que aquí aludiré y que igualmente en los textos de González Sainz viene de lejos, gira en torno a las causas que ofuscan la visión, tuercen el lenguaje y borran la realidad, es decir, a las estrategias y mecanismos de toda ideología, que ha definido como un “dispositivo de trituración de lo real”, productor de ceguera voluntaria y conformismo intelectual. La postura del escritor es, en este aspecto, antiidealista, rehúye y desconfía en

particular de los que en *La vida pequeña* llama “seguidores de las Mayúsculas”, de lo absoluto. Particularmente, recela de la figura del “alma bella que vive de serlo y para serlo”, como se describe en *Por así decirlo*, autorreferencial, pura, incontaminada, maniquea, que se piensa superior moralmente y siempre del lado correcto de la historia, un sujeto que se quiere universal y que es incapaz de salir de sí mismo y de actuar en el mundo. En este momento histórico de renovada crisis del parlamentarismo y de auge de los populismos, el Poder sigue sirviéndose de la ideología, pero esta es un simulacro vacío y farsesco que esconde sus mentiras cada vez más

descaradas. La ideología sirve también para que los correligionarios puedan “acceder a puestos oficiales bien remunerados y a una consideración social a la altura de sus expectativas” y el gobierno la difunde en actualizaciones en forma de eslogan o breve cursillo: yo me he apuntado al de “El etiquetado como fase superior del pensamiento”, que creo que puede llegar a simplificarme mucho la vida.

Afuera. Admito mi apuro siempre que tengo que desempolvar las armas de la crítica para enfrentarme a los textos de J. Á. González Sainz. El aprieto creo que se debe a la dificultad de activar la función hermenéutica

LIBRO DEL MES

POESÍA

Esa lámpara fija

por **Hernán Bravo Varela**



David Huerta
RAZONES PARA NO FUNDAR UNA RELIGIÓN
Toluca, Fondo Editorial Estado de México, 2024, 136 pp.

El francés George Perros definió la poesía como “una religión fuera de la religión”. Un culto sin dogmas, una fe sin imágenes predeterminadas. O mejor: una plegaria atendida por el solo hecho de expresarse. La poesía religa, sí, pero no según la estética *new age* de tantos autores contemporáneos —como un fuego que convoca a oír las palabras de una tribu dispersa—, sino de forma literal. Religar: recoger, agrupar, reunir. Y la reunión no es de los lectores o feligreses, sino de las obras mismas. De estas se conforma aquella tribu de Mallarmé: hojas sueltas que, al juntarse, brindan “un sentido más puro” al universo autónomo del Libro.

Así pareció entenderlo David Huerta (1949-2022) en este volumen póstumo. *Razones para no fundar una religión* recupera poemas de distintas épocas: desde “La blancura”, escrito en el centenario del nacimiento de Ramón López Velarde (1888), hasta poemas recientes, “compuestos, digamos, entre libros”, de acuerdo con la “Nota” prologal de Verónica Murguía. Veintiséis textos que revelan el deslumbrante *ars combinatoria* de Huerta: sonetos canónicos y en verso libre; retratos literarios (de Raúl Zurita, Pablo Neruda, José Lezama Lima, Garcilaso de la Vega y Juan Boscán); poemas que nacen de la sinestesia (sobre el pianista Glenn Gould) y la écfrasis (sobre el comediante Buster Keaton); redondillas, *terza rima*, cuartetos endecasílabos y dísticos en verso alejandrino... Un cajón de sastre donde reposan las técnicas y asociaciones más inesperadas, tal y como ya ocurría con títulos previos de Huerta. (Pienso aquí en *Versión*, de 1978; *La música de lo que pasa*, de 1997; *Hacia la superficie*, de 2002, y *El cristal en la playa*, de 2019. Cuatro conjuntos que, al igual que *Razones...*, abordan algunas obsesiones huertianas: la microhistoria de la poesía y sus autores; el amor como un espacio de luz y un tiempo de lucidez; la febril colindancia del sueño y la enfermedad; las visiones del mundo sobrenatural, de acuerdo con el propio Lezama y su concepto de “sobrenaturaleza”: una dimensión poética de la vida, cuyo “total arbitrio de la imagen” combate el determinismo de la naturaleza.)

¿A qué se debe este dispendio de formas y tonos, en un tiempo donde los lectores, editores y certámenes juzgan lo inmutable como virtud de la voz poética? Tal vez la respuesta

esencial del distanciamiento, ya que a esta se opone con demasiada fuerza un principio más bien contrario, el del reconocimiento –un reconocimiento múltiple, más bien, tanto en el nivel particular de lo existencial o vivencial, como en el más general de visión del mundo o de percepción del así llamado espíritu del tiempo que el texto proyecta–. Un tiempo que parece cada vez más fuera de quicio, citando a Shakespeare, y del que uno a veces anhela una fuga. En *Arte de la fuga*, primer tomo hasta ahora publicado de *La vida pequeña*, hay unas glosas magistrales a unos versos de Hölderlin sobre la tiranía del *zeitgeist*, del que en realidad no se puede huir ya que no se

puede escapar de la época que a uno le es dado vivir. Así que quedan dos opciones ante su arrogancia: “bajar los ojos como un niño” o bien “mirarle cara a cara”. Desechada como infantil la primera, si miramos frente a frente, plantamos cara y afrontamos al espíritu del tiempo, puede que él mismo *despierte* a nuestro espíritu: “Afrontar implica *despertar*” –escribe el autor–. No se me escapa que este *despertar* y el consecuente *velar* son verbos clave en Antonio Machado, uno de los autores favoritos de J. Á. González Sainz. Y que, velando por la noche al niño asustado por lo que está pasando afuera, permanece el padre al final del primer cuento de *Por así decirlo*.

Despertar, ver y velar es a lo que nos conmina la obra de nuestro autor: la opción adulta, no la pueril. Para concluir, confieso también que los libros de J. A. González Sainz han cambiado, a lo largo de los años, mi manera de ver y, en consecuencia, de pensar y actuar: su prosa hace que uno reconsidere sus ideas, incluso profundamente, lejos del curso y discurso que pauta la ola identitaria, el opio político y cultural hoy en día de moda. ~

STEFANO BALLARIN es hispanista, traductor y profesor de español. Ha dedicado su actividad de investigación principalmente a la narrativa contemporánea desde un enfoque interdisciplinario.

se halle en las siguientes líneas, redactadas al recibir el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2019, donde Huerta se lanza a la búsqueda del “mejor poema del mundo”, la mente humana:

La descripción del mejor poema del mundo despierta en mí una especie de pulsión locativa: veo lugares y objetos cuando se habla de la mente y de la red increíblemente animada que la ocupa. Es una red llena de movimiento, al mismo tiempo cerrada y abierta.

Huerta define a la mente como un “entramado de simetrías dinámicas”, de “estribaciones y hondonadas de la imaginación”. En ese sentido, los poemas de nuestro autor son tomo grafías del verbo, cartas de relación sobre las nuevas sinapsis, un cableado neuronal vuelto arquitectura crítica.

Lo anterior sobresale en la pieza solista de *Razones...*: “El poema y su sombra”, escrito “A la memoria de Pablo Neruda (1904-1973)”. Previamente publicado como parte de *El correo de los narvales* (2006), volumen misceláneo de Huerta, “El poema y su sombra” está compuesto por mil endecasílabos exactos. (Casi el doble de “Piedra de sol”, de Octavio Paz, y sus 584 endecasílabos.) La sombra de un poema es otro poema: un *doppelgänger* reactivo a los hallazgos del original. Pero Huerta, vía Neruda, hace de aquel desdoblamiento una operación a la vez reactiva y reflexiva. Se rinde un homenaje al Premio Nobel mientras se reflexiona en verso sobre las peculiaridades de su escritura, “esa lámpara fija en la que el vértigo / toma

la forma de una melodía / hecha de precisión, clara sintaxis, / vaso de la extrañeza y las imágenes”.

Huerta lleva a la poesía crítica a un fascinante derrotero: no solo se trata de la conciencia plena del lenguaje, del por qué y para qué de su expresión, sino de que el poema sea tan útil como un ensayo para transmitir ideas, juicios y argumentos literarios. No le bastó la prosa, que cultivó en tres libros (*El vaso de tiempo*, *Correo del otro mundo* y *Las hojas*) con minuciosa brillantez. A la manera de los ensayos versificados de Alexander Pope o los *Discursos de sobremesa* de Nicanor Parra –pero también de los poemas y ensayos anfibios de Eduardo Milán y Mario Montalbetti–, aquí el verso le sirve a Huerta como “Piedra Rosetta de la luz cambiante”; es decir, como herramienta interpretativa de la obra nerudiana y su “dic-tado extraño”.

“Lector del ruido, traductor del caos, / no rechazaste el cielo ni la atmósfera, / ni el sótano ni el suelo ni el zapato; / supiste recoger entre las láminas / un murmullo sublime y de la sombra / sacaste un resplandor”, apunta David Huerta sobre el chileno con palabras dignas de un autorretrato. (Un autorretrato en el espejo convexo de la literatura.) Si bien la razón poética se opone a fundar un culto, su mérito conseguido en este libro es mayor: convertir al poema en una rama imprevista de la filología. ~

HERNÁN BRAVO VARELA es poeta, ensayista y traductor. Un volumen que reúne dos títulos suyos –*Ejercicios de respiración* y *El Estado empresario mexicano*– acaba de aparecer en Ediciones Era.